

LA
GLORIA
DEL
CIELO

LA VERDAD ACERCA DEL CIELO,
LOS ÁNGELES Y LA VIDA ETERNA

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Glory of Heaven* por John F. MacArthur. © 1995 por John F. MacArthur y publicado por Crossway Books (filial de Good News Publishers), Wheaton, Illinois, 60187.

Edición en castellano: *La gloria del cielo*. © 1997 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

Traducción: David Cáceres González

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5812-5

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

AGRADECIMIENTO

Quisiera expresar mi gratitud a Phil Johnson por la labor realizada en los últimos quince años para que pudiera cumplir con los plazos de entrega de las editoriales. Sin embargo, el presente libro está dedicado a la maravillosa esposa de Phil, Darlene, y a sus hijos, Jeremiah, Jedidiah y Jonathan, quienes han soportado fielmente las largas jornadas de Phil, su trabajo a altas horas de la noche y los períodos de falta de atención a medida que se aproximaban los plazos de entrega.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN / 9

1. LA MODA ACTUAL POR EL CIELO / 13
2. NI LA MÁS REMOTA IDEA SOBRE EL CIELO / 41
3. ASÍ SERÁ EL CIELO / 63
4. LA NUEVA JERUSALÉN / 83
5. CÓMO VAMOS A SER EN EL CIELO / 109
6. EL EJÉRCITO CELESTIAL / 137

NOTAS / 153

ÍNDICE DE ASUNTOS Y NOMBRES PROPIOS / 157

INTRODUCCIÓN

¡Cielo! La palabra misma ya es sinónimo de belleza, bienestar, paz, satisfacción y deleite. En la lengua se utiliza a menudo para describir algo positivo o maravilloso, como, por ejemplo, al decirle alguien «estás hecho un cielo» o decir de algo que «viene como bajado (o llovido) del cielo». Incluso tenemos un postre al que llamamos «tocinillo del cielo».

Pero el cielo es mucho más que un simple uso lingüístico. Es un *lugar*, un lugar real al que van a parar los hijos de Dios cuando mueren. Es la casa de Dios, y la Biblia nos da fascinantes pruebas del esplendor de su gloria.

De hecho, la Biblia está llena de detalles sobre el cielo. Es como si Dios hubiese desvelado parte del misterio que rodea al cielo para que nosotros podamos entreverlo y anhelarlo.

Sin embargo, dado que la naturaleza humana se ha contaminado como consecuencia del pecado, quienes se abandonen a sus propios instintos corromperán inevitablemente *toda* verdad espiritual. El cielo, los ángeles y la vida eterna no son una excepción a esa regla. Las personas que no tienen una perspectiva bíblica siempre piensan de una manera errónea sobre las cosas del cielo. Bien se desentienden del reino celestial en su conjunto y escogen vivir en este mundo finito o bien se dejan llevar por fantasías sobre el mundo espiritual hasta tal punto que pierden de vista la verdad.

Miremos donde miremos nos daremos cuenta de que esta es la realidad. Por ejemplo, si vas a una librería secular encontrarás estanterías y estanterías llenas de libros que reflejan la inclinación del hombre hacia el materialismo: manuales sobre cómo tener «éxito», un *éxito* que vendrá inevitablemente definido según criterios temporales. Lo último que le preocupa a este modo de pensar es el cielo.

Mira a tu alrededor y verás, además, otras muchas estanterías repletas de libros que reflejan la enfermiza y ocultista obsesión por el cielo, los ángeles y el mundo espiritual. Este tipo de libros se han puesto muy de moda debido a la influencia del movimiento de la nueva era. La mayoría de ellos son místicos, extrabíblicos y a veces hasta demoníacos.

Sinceramente, los dos enfoques son igual de dañinos espiritualmente hablando. Cualquiera de los dos hará que la gente se aleje de la verdad y de las Escrituras y se aproxime a la esclavitud espiritual. Ya se trate de la orientación materialista o de la ocultista, lo cierto es que ambas esclavizan por un igual. Y, como consecuencia, millones y millones de personas no llegan a conocer el verdadero cielo y perecen en el infierno.

Como cristianos, deberíamos luchar contra esas tendencias «derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Co. 10:5). Deberíamos rebatir cualquier corrupción de la verdad mediante la sabiduría bíblica. Después de todo, la Biblia es la única fuente que presenta el cielo y el mundo espiritual de una manera en que podemos confiar (1 Co. 2:9-10). Por desgracia, la mayoría de las veces la iglesia no hace más que seguir las modas pasajeras de este mundo.

Podrás comprobarlo si te acercas a la típica librería cristiana. Encontrarás estante tras estante lleno de prácticos «manuales para obtener éxito» que se limitan a dar los mismos consejos que los libros seculares pero con una terminología cristiana; libros que reducen a Cristo al «mayor hombre de negocios» y necesidades por el estilo o que declaran que para hacer que la iglesia crezca se deben seguir las estrategias de márketing del mundo. Por otro lado, también podrás ver bastantes libros que relatarán encuentros místicos con ángeles y seres espirituales, experiencias previas a la muerte, visiones del «cielo» y otros fenómenos místicos parecidos.

Pero camuflar los valores terrenos en la terminología cristiana no hace que sean menos mundanos. Y las experiencias místicas no dejan de ser ocultistas por adornarlas con imágenes cristianas. El materialismo y el espiritualismo «evangélicos» son igual de mortíferos que sus homólogos seculares; y puede que hasta más, porque vienen disfrazados de palabras bíblicas.

Pero no son sólo las preocupaciones que he mencionado las que me han motivado a escribir este libro. Hace tiempo que me preocupa el

creciente desinterés por el cielo entre los cristianos. Hablando con franqueza, los cristianos de algunos países viven tan bien aquí que no saben lo que es anhelar el cielo. El Señor los ha bendecido con muchas comodidades aquí en la tierra, más que a cualquier generación anterior. Existe el peligro de que lleguemos a estar tan cómodos en la tierra que nos olvidemos de que no somos más que extranjeros y peregrinos en este mundo. Como Abraham, debemos considerarnos vagabundos en este mundo, a la espera de entrar en la ciudad eterna cuyo constructor y hacedor es Dios (He. 11:10).

Los creyentes de otras culturas que no tienen esa abundancia y esas comodidades suelen pensar más en el cielo porque representa la promesa de una vida muy diferente a la que llevan aquí.

Recientemente, en un viaje a una ciudad aislada del sur de Siberia, en la falda norte del Tíbet, me encontré con mil quinientos empobrecidos cristianos que habían sufrido enormemente durante los tres cuartos de siglo de opresión rusa. Eran hijos de exiliados, no tenían medios económicos y trabajaban duro todos los días para poder tener comida. Querían que les explicase cosas de la Biblia, y el tema de estudio sobre el que más ansiaban escuchar era sobre la gloria futura que les esperaba en el cielo. Tuve el privilegio de enseñarles durante algunas horas, y muchos de entre ellos lloraban de gozo.

¡Qué diferente sería la respuesta en una cultura con más comodidades! A menudo me encuentro con cristianos que viven como si el cielo fuese a ser un estorbo en su apretada agenda, una interrupción en las metas profesionales o en los preparativos para irse de vacaciones.

¿Te has fijado alguna vez en que los himnos que tratan del cielo suelen ser los espirituales y otras canciones antiguas como por ejemplo «El mundo no es mi hogar», «Hasta que llegue el día» y «El cielo es un lugar maravilloso»? Hoy en día casi nadie escribe himnos sobre el cielo. La mayoría de nosotros no anhelamos el cielo como lo hicieron nuestros antepasados. Preferimos estar en este mundo.

No podemos permitirnos pensar en el cielo como algo anticuado. Nada hay *más actual*. Si usted es creyente, el cielo *será* su hogar futuro, por toda la eternidad. Allí todas las cosas serán nuevas. Por ello, la palabra «anticuado» en referencia al cielo difícilmente podría ir más errada.

Debemos conocer mejor la gloria del cielo. Tenemos que aprender a dirigir nuestro cariño hacia las cosas celestiales, como se nos exhorta a hacer en las Escrituras. Como creyentes, debemos comprender

que lo que Dios está haciendo en nuestras vidas, incluso aquí en la tierra, lo hace para prepararnos para el cielo, y no para que nos aclimitemos mejor a la vida en este mundo. Tenemos que darnos cuenta, como Abraham, de que «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la porvenir» (He. 13:14). «Nuestra ciudadanía está en los cielos» (Fil. 3:20). Y nuestro corazón también debería estar allí.

Jesús nos enseñó: «Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, donde ladrones no minan ni hurtan» (Mt. 6:20), porque «donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (v. 21). Por supuesto, lo que Jesús quiere no son nuestros *tesoros*, sino nuestros *corazones*. Jesús nos aleccionaba para que dirigiéramos los corazones hacia el cielo, para que anheláramos la gloria celestial y, sobre todo, para que busquemos «las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col. 3:1).

El cielo es el dominio *de* Jesús. Allí fue para prepararnos un lugar donde vivir a su lado para siempre. Es esa la verdad que hace del cielo algo tan precioso para un creyente. La eternidad que vivamos allá será una eternidad en la presencia de Cristo, con quien compartiremos de forma personal ricas bendiciones y con quien viviremos para siempre, a la luz de su rostro. Este es el mayor atractivo del cielo para un cristiano que tenga puestas las prioridades en orden. Cristo mismo es la gloria del cielo:

La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.

—Apocalipsis 21:23

CAPÍTULO
UNO

LA MODA ACTUAL
POR EL CIELO

**EL RESURGIMIENTO DE LA CREENCIA
EN LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE**

En la actualidad hay más gente que habla del cielo, seres angélicos, y vida después de la muerte que en ninguna época que pueda recordar. Numerosos libros sobre el tema del cielo y los ángeles han estado largas temporadas en las posiciones más altas de las listas de ventas. El interés por las cosas del cielo crece más y más. Recientemente recibí un catálogo de una empresa de venta por correo en el que sólo se podían comprar regalos «angélicos»; estaba especializada en productos de papelería, joyas, figuras de porcelana y otros regalos con figuras de ángeles. Todos los medios de comunicación, desde programas de televisión sensacionalistas hasta las películas de Hollywood, pasando por las canciones en boga se están empleando para explotar esta moda de los ángeles y la vida después de la muerte.

En el momento que escribo este párrafo hay más de cien libros sobre los ángeles en imprenta. La cadena NBC emitió recientemente un programa especial que obtuvo un gran éxito llamado *Ángeles: los misteriosos mensajeros*, seguido por *Ángeles II: más allá de la luz*. Del programa se escribió un libro que inició una tendencia que ha propiciado que algunos editores seculares dediquen colecciones editoriales enteras a esta «angelomanía». También es posible que

quienes naveguen por la «superautopista de la información» se topen con ángeles en el camino; un estudio realizado en la World Wide Web reveló la existencia de decenas de direcciones dedicadas a los ángeles, en muchas de las cuales se explicaban dramáticas experiencias personales sobre supuestas visitas de ángeles.

Al mismo tiempo, también se ha levantado una expectación sin precedentes por la vida después de la muerte. Se habla del tema desde que el libro de la doctora Elisabeth Kubler-Ross *On Death and Dying* [De la muerte y el morir] subiera al número uno de las listas de ventas en 1970. Kubler-Ross explicaba en su libro la historia de varias personas que, al parecer, habían sido literalmente rescatadas de la muerte: la mayoría resucitadas en el quirófano gracias a los doctores o por profesionales de la sanidad en la escena misma del accidente. Muchos de ellos tenían fascinantes historias que contar sobre lo que supuestamente habían visto y experimentado en el «otro lado». La doctora Kubler-Ross admitió que el estudio realizado sobre el fenómeno le había hecho cambiar de postura sobre la vida tras la muerte. Comenzó el estudio desde un punto de vista racionalista escéptico, creyendo que después de la muerte no venía más que el olvido. Sin embargo, el estudio de las experiencias cercanas a la muerte de la gente le hizo creer, según ella, en lo sobrenatural.¹

Otra de las principales autoridades en la materia durante los últimos veinte años ha sido Raymond A. Moody. Su libro publicado en 1975 y titulado *Life After Life* [La vida después de la vida] fue todo un best-séller. A este primer libro le siguió dos años después un segundo titulado *Reflections on Life After Life* [Reflexiones sobre la vida después de la vida]; *The Light Beyond* [La luz que está más allá] se publicó en 1989, *Coming Back* [El regreso] en 1990 y la última de sus obras es *Reunions: Visionary Encounters with Departed Loved Ones* [Reuniones: encuentros visionarios con seres queridos fallecidos] (1993).²

ATRAÍDOS POR EL LADO OSCURO

Puede que alguien se sienta tentado a pensar que todo esto es positivo después de tanto tiempo de incredulidad racionalista. Pero, por desgracia, no es ese precisamente el caso. Aceptar la existencia de lo sobrenatural no es lo mismo que creer la verdad sobre ello. Además, cuando un incrédulo acepta la existencia del mundo sobrenatural, los resultados suelen ser a menudo catastróficos. Elisabeth Kubler-Ross y Raymond A. Moody son la prueba viva de este principio. Los dos

empezaron a investigar las experiencias cercanas a la muerte desde un punto de vista científico puramente racionalista, con el convencimiento de que debe haber alguna razón perfectamente lógica y natural para explicar las extrañas sensaciones narradas por las personas que estuvieron a punto de morir. Y los dos dejaron a un lado su escepticismo por una creencia potencialmente más dañina.

Kubler-Ross y Moody se han pasado ahora al mundo del ocultismo. Tras estudiar las experiencias cercanas a la muerte de otras personas, Kubler-Ross dijo haber experimentado una increíble proyección astral durante la cual viajó a la velocidad de la luz. También empezó a asistir a sesiones para contactar con los muertos. Por último, acabó adhiriéndose a una extraña secta liderada por Jay Barham, quien decía tener el poder de hacer que los espíritus se materializasen para tener relaciones sexuales con los vivos.³ En la actualidad, la doctora Kubler-Ross es uno de los principales gurús del movimiento de la nueva era.

Las incursiones de Raymond Moody en el mundo de lo sobrenatural también han adquirido un tono siniestro. Sus últimos libros le dan mil vueltas a la necromancia ocultista clásica. En ellos se muestra a favor de consultar bolas de cristal y enseña cómo construir «cámaras de aparición», unas habitaciones especiales llenas de espejos en las que, según él, es posible comunicarse con los espíritus de los seres queridos. Moody tiene una de esas habitaciones en su propia casa y se alardea de haber hablado en ella con su abuela fallecida.⁴

Desde luego, los cristianos evangélicos que acepten que la Biblia es la Palabra de Dios deberían considerar esta nueva tendencia hacia creer en el mundo de más allá de la muerte más bien como una bendición a medias. Aunque nos sintamos animados por el hecho de que el racionalismo incrédulo no haya conquistado del todo la fe, deberíamos estar profundamente preocupados por un fenómeno que parece conducir a la gente hacia el ocultismo, las corrientes filosóficas de la nueva era y la superstición. Y estos son, sin duda, los caminos más transitados por las personas cautivadas por la moda de los ángeles y la vida en el más allá. A causa de la fama que han alcanzado recientemente, tenemos la obligación de analizarla detenidamente como un primer paso para descubrir la verdad sobre el cielo.

SEDUCIDOS POR LA LUZ

El caso más famoso entre las experiencias cercanas a la muerte experimentadas por una sola persona es, con mucho, el descrito en el

notable libro de Betty J. Eadie, *Embraced by the Light* [Abrazada por la luz]. Esta obra, escrita hace más de tres años, todavía está en los puestos más altos de las listas de ventas.

Betty J. Eadie narra su «muerte» en la habitación de un hospital en el que se estaba recuperando de una histerectomía en 1973. Sus recuerdos sobre lo sucedido son extraordinariamente vívidos:

De repente, se me arrancó el espíritu del pecho hacia arriba, como si lo estuviese atrayendo un imán gigante. La primera sensación que tuve fue la de ser libre. No había nada antinatural en lo que experimentaba. Me encontraba sobre la cama, suspendida cerca del techo. La sensación de libertad que tenía era ilimitada y parecía como si hubiese estado así toda la vida. Me giré hacia un lado y vi un cuerpo estirado en la cama. Sentía curiosidad por saber de quién se trataba e inmediatamente me puse a descender hacia el cuerpo. Debido a mi trabajo, conocía bien qué aspecto tiene una persona muerta; me acerqué a la cara y en seguida supe que carecía de vida. Entonces me di cuenta de que era yo misma. El cuerpo que había sobre la cama era el *mío*. No me quedé en un estado de estupefacción ni tuve miedo, simplemente sentía compasión por aquel cuerpo que, ahora que estaba muerto, parecía más joven y más bonito de lo que recordaba.⁵

Eadie continúa con la historia y describe cómo a su lado aparecieron tres hombres con vestiduras que le decían que habían estado a su lado durante «eternidades». Entonces empezó a recordar «una existencia previa a [su] vida en la tierra» y la relación que había tenido con aquellos hombres «anteriormente».⁶ Y escribe: «La idea de una vida previa a la vida en la tierra empezó a tomar forma en mis pensamientos, y vi que la muerte se trataba en realidad de un «renacer» a una vida de una comprensión y entendimiento mayores que iban y venían a través del tiempo.»⁷

Llegado ese punto, las experiencias cercanas a la muerte de Eadie parecen contener todas las alusiones típicas de la nueva era sobre reencarnación, proyecciones astrales, telepatía, etc. La autora describe cómo visitó en forma de espíritu su casa y pudo ver a sus hijos e incluso contemplar su futuro.

Sin embargo, la narración toma entonces un giro inesperado:

Vi una luz minúscula en la lejanía. La oscuridad que me rodeaba empezó a tomar la forma de un túnel y experimenté que viajaba a una velocidad cada vez más vertiginosa hacia la luz. Me sentí instintivamente atraída hacia ella aunque, nuevamente, reconocí que no todo el mundo tenía por qué sentir aquella atracción hacia la luz. A medida que me aproximaba a ella se iba haciendo cada vez más brillante —resplandeciente más allá de lo que se puede describir, mucho más que el sol— y supe que ningún ojo terrestre en su estado natural podría contemplar aquella claridad sin ser destruido.⁸

Posteriormente describe un «resplandor» centelleante y dorado alrededor de un ser. Según ella, aquel ser se acercó a ella con un amor puro e incondicional. «No había la más mínima duda sobre quién era», escribe. «Supe que era mi Salvador, y amigo, y Dios. Era Jesucristo.»⁹

A partir de entonces la incursión celestial de Eadie empieza a explotar la figura de Jesús y lo que, según ella, él le dice. Después asegura que su mente adquirió la capacidad de conocer y entender las cosas, casi como si «recordara» lo que siempre había sabido:

Comprendí, o más bien *recordé*, su papel como creador de la tierra. Su misión había sido la de venir al mundo a enseñar a amar. Más que conocer era como si lo estuviese recordando; todas estas cosas estaban volviendo a mí desde una época muy anterior a la de mi vida en la tierra, un «velo» de olvido las había apartado de mí expresamente desde que nací.¹⁰

Da la impresión de que Eadie se alardee de tener, prácticamente, la omnisciencia; eso es exactamente lo que quiere dar a entender. Veamos qué dice: «La palabra “omnisciente” nunca había tenido tanto significado para mí. El conocimiento me impregnaba, se volvía, en cierto sentido, *yo misma*. Me maravillaba la capacidad que tenía de entender los misterios del universo con sólo meditar sobre ellos.»¹¹

Por supuesto, Eadie cree haber conservado esta comprensión sobre «los misterios del universo» aún después de haber regresado del cielo, y su libro está lleno de respuestas facilonas a preguntas que dice haber tenido siempre antes de realizar su peregrinación celeste. Así, escribe:

Quise saber por qué había tantas iglesias en el mundo. ¿Por qué no nos dio Dios una única y pura religión? La respuesta me vino con una absoluta comprensión por mi parte. Cada uno de nosotros, se me dijo, tiene un grado diferente de desarrollo y comprensión espiritual. Todas las religiones de la tierra son necesarias en cuanto que enseñan aquello de lo que la gente tiene necesidad. Las personas que estén en una determinada religión puede que no comprendan totalmente el evangelio de Dios, y, por otro lado, nunca llegarán a hacerlo mientras permanezcan en ella; sin embargo, esa religión habrá servido punto de apoyo, de escalón hacia un mayor conocimiento. Cada iglesia satisface unas necesidades espirituales concretas que posiblemente las demás no puedan satisfacer. Ninguna iglesia puede satisfacer las necesidades de todo el mundo a todos los niveles. A medida que una persona aumenta su grado de conocimiento sobre Dios y su propio progreso eterno es posible que se muestre descontento con las enseñanzas de la iglesia en la que se encuentre y busque una nueva filosofía o religión que le llene ese vacío. Cuando esto ocurre, esa persona ha alcanzado un nivel superior de comprensión que le hará anhelar más conocimiento, más verdad y una nueva oportunidad de crecer.¹²

«Tras haber recibido este conocimiento», concluye Eadie, «comprendí que no tenemos derecho a criticar a las iglesias o religiones en modo alguno.»¹³

A pesar de lo dicho, Eadie también enfatiza que hay algo fuera de lo normal en Cristo: «Sin embargo, de todos los conocimientos no hay ninguno que sea más esencial que conocer a Jesucristo. Se me dijo que Él es la puerta a través de la cual *todos* regresaremos. Es la única puerta que nos permite regresar.»¹⁴

Muchos cristianos han llegado a pensar equivocadamente que Betty Eadie es una creyente verdadera llevados por la terminología cristiana, que tan familiar nos resulta, y por las demás alusiones bíblicas utilizadas en la narración. De punta a punta del país, los embelesados asistentes a sus conferencias han escuchado cómo explicaba una y otra vez su historia, y muchas personas que se llaman a sí mismas cristianas dicen tener el convencimiento de que su experiencia no debería desecharse. Es sorprendente el número de cristianos evangélicos que

se preguntan si cabe la posibilidad de que la historia de Eadie sobre el cielo y la vida después de la muerte sea una explicación verdadera y fiable de lo que, como cristianos, nos espera en el más allá.

Y la respuesta es no. Muchas de las teorías de Eadie contradicen las Escrituras, como en seguida veremos. Además, aunque no lo revele en su libro, Eadie es mormona. Algunas de las verdades que dice haber aprendido en el cielo tienen un misterioso parecido con las doctrinas mormonas. De hecho, y a pesar de su largo discurso sobre la importancia de todas las religiones, Eadie no nos dice en su obra — aunque sí lo hizo a un periodista de Utah — que durante su estancia en el cielo aprendió que la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días (la iglesia de los mormones) es «la más verdadera de las iglesias de la tierra.»¹⁵ En un paquete promocional dirigido a los lectores del estado de Utah, la editorial inicial de Eadie (una editorial indirecta de una casa editora mormona) incluyó folletos de promoción para la primera edición del libro en los que se podía leer: «De gran interés para los miembros de la Iglesia de los Últimos Días»; según los folletos, Eadie se había convertido recientemente al mormonismo.¹⁶

Sin embargo, Eadie y su editor, después de ver el ritmo de las ventas, le han restado importancia a su adhesión a la iglesia mormona, casi hasta el punto de intentar esconder que se trata de una mormona. En una entrevista mantenida con *The Christian Research Journal* [Revista de investigación cristiana], Eadie se negó a admitir una y otra vez que era mormona.¹⁷

No obstante, la doctrina de Eadie no coincide exactamente con la mormona. Es una curiosa mezcla de mormonismo y filosofía de la nueva era. Dentro de la misma iglesia mormona se han escuchado controvertidas opiniones acerca de las enseñanzas de Eadie; y los líderes eclesiásticos, si bien complacidos por la buena racha de relaciones públicas que les ha supuesto su libro, ya hace tiempo que han dejado de tratar a Eadie como a una verdadera profetisa.

Sea como fuere, el conjunto de las afirmaciones están claramente en contra de lo que las Escrituras nos enseñan sobre el cielo y la vida después de la muerte.

CUIDADO CON LOS ÁNGELES ENGAÑADORES

Las Escrituras nos advierten abiertamente sobre los emisarios de Satanás que se nos muestran como ángeles de luz (2 Co. 11:13-15). Las falsas doctrinas más influyentes y que mayor amenaza han supuesto

para la iglesia siempre han sido las que se han disfrazado de ortodoxas y han utilizado el conocido lenguaje bíblico, aunque, eso sí, tergiversándolo. En otras palabras, utilizar el *lenguaje* del cristianismo bíblico no es lo mismo que ser fiel a la Biblia.

Así pues, el que Betty Eadie sea una agradable señora que dice haber tenido encuentros con los ángeles no quita, ni mucho menos, que pueda estar engañada, o que quiera engañar, o ambas cosas. De hecho, la naturaleza de su caso justifica totalmente un examen de sus teorías lo más escrupuloso posible. Eadie declara haber recibido una revelación comprensible de la verdad divina a través del Señor mismo. Su descripción de los acontecimientos es mucho más detallada que las narraciones de la transfiguración que aparecen en Mateo, Marcos y Lucas. Su representación del cielo está a años luz del vago relato del apóstol Pablo sobre su visión del tercer cielo. En caso de ser cierta, la historia de Eadie sobrepasa cualquier revelación escrita sobre el cielo que aparezca en las Escrituras. Más aún, si Betty Eadie está en lo cierto, la teología cristiana en su totalidad debería ser actualizada, ya que implica que nadie ha creído lo correcto en los dos mil años de cristianismo.

Desde luego, es tremendamente importante analizar las teorías de Eadie con el mayor de los cuidados. Eso es lo que hicieron los habitantes de Berea, a quienes el historiador Lucas alabó porque sometían al detallado análisis del Antiguo Testamento hasta los inspirados e infalibles mensajes del apóstol Pablo para ver si «estas cosas eran así» (Hch. 17:11).

Pero si las afirmaciones de Eadie no resultan verdaderas, deberán ser rechazadas y expuestas como lo que en realidad son. El amor verdadero nos exige que actuemos así, para el bien de aquellos que, de no hacerlo, podrían caer en el engaño y en la falsa doctrina.

ATRAÍDOS POR LA OSCURIDAD

¿Qué es lo que dice exactamente Betty Eadie que le fue revelado en el cielo? Algunos de los principios expuestos provienen del mormonismo, otros son enseñanzas sacadas de la nueva era, y, por último, algunos de ellos son simplemente invenciones que nada tienen que ver con la Biblia y que Eadie va introduciendo a medida que avanza en su relato.

Las doctrinas mormonas

Las influencias del mormonismo son claras y evidentes a lo largo de la narración sobre el cielo de Eadie. Estas son algunas de las principales doctrinas de los mormones que aparecen en el libro:

LA PREEXISTENCIA DE ESPÍRITUS HUMANOS. Una de las afirmaciones de Eadie se basa en que todos nosotros hemos tenido una existencia previa en un mundo premortal. Se trata de una de las doctrinas clave del mormonismo, aunque no aparece en ningún lugar de las Escrituras.

Ya hemos mencionado anteriormente que Eadie dice poder recordar el haber tenido algún tipo de relación previa con sus guías —«monjes»— cubiertos de vestiduras durante «eternidades». Veamos qué dice en otro lugar de su obra:

Recordé la creación de la tierra. En ese momento pude sentir como si se estuviese recreando ante mis ojos. Se trataba de algo muy importante. Jesús quería que interiorizase este conocimiento. Quería que supiese qué sensaciones producía el ser testigo de la creación. Y la única manera de hacerlo era viéndolo todo nuevamente y sintiendo lo que ya antes *había sentido*.

Todos nosotros tomamos parte en la creación de la tierra en forma de espíritus en un mundo premortal.¹⁸

¿Qué dicen las Escrituras de todo esto? En primer lugar, el relato bíblico deja muy claro que la primera de las almas de los humanos no fue creada hasta que no hubo finalizado toda la creación. La Biblia dice que «Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gn. 2:7). Adán no fue un ser viviente hasta el final de la creación; así pues, en la narración bíblica no tiene cabida ningún tipo de existencia previa.

De hecho, uno de los argumentos más decisivos en favor de la soberanía de Dios y que Él mismo señaló a Job es que cuando creó el universo Job no estaba presente: «¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?» (Job 38:4). Job no podía vanagloriarse de haber estado presente en aquel momento. Ni siquiera existía. En ningún lugar de las Escrituras se indica que nuestras almas humanas existiesen antes de nacer; los datos bíblicos demuestran más bien lo contrario (cp. Sal. 51:55). Tan *sólo* Dios creó el universo (Gn. 1:1; Col. 1:17).

DIOSES MÚLTIPLES. El relato de Eadie echa por tierra la doctrina de la Trinidad. Dice la autora en otro lugar: «Seguía todavía meditando sobre las enseñanzas y creencias de mi infancia.»¹⁹ Veamos en qué consisten esas enseñanzas y creencias: «Mi educación protestante me había enseñado que Dios Padre y Jesucristo Hijo eran un mismo ser.»²⁰

Sin embargo, la experiencia celeste convenció a Eadie de que las cosas no eran así: «Entendí, con gran sorpresa, que Jesús era *un ser independiente de Dios* y que tenía su propio propósito divino.»²¹ Esta afirmación coincide totalmente con la doctrina mormona, pero se opone frontalmente a la Biblia, donde se enseña de la primera a la última página la unidad de la Santísima Trinidad (Dt. 6:4; 1 Co. 8:6; 1 Ti. 2:5; Stg. 2:19). Jesús mismo dijo: «Yo y el Padre uno somos» (Jn. 10:30). No existe posibilidad alguna de que los propósitos del Padre y del Hijo difieran entre sí (Jn. 4:34; 5:30; 8:29).

Es cierto que la Trinidad es un concepto difícil de explicar y de entender; no obstante, las Escrituras enseñan, y todas las principales ramas del cristianismo se han mostrado de acuerdo a lo largo de casi dos mil años, que Dios Padre y Jesucristo Hijo son personas diferenciadas pero *no* seres *ni* dioses independientes. Esta es la inamovible enseñanza de las Escrituras: «Oye, oh Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es» (Dt. 6:4).

DEIFICACIÓN DEL ALMA HUMANA. Anteriormente ya nos referimos a la declaración de Eadie sobre la omnisciencia por ella experimentada en el cielo. Su afirmación concuerda con la creencia mormona, según la cual todos los creyentes evolucionan hacia la deificación. Eadie escribe en otro pasaje de su libro: «Entendí, con el más puro de los conocimientos, que Dios quiere que nos convirtamos en lo que él es, y que nos ha dotado de características divinas.»²²

Las Escrituras nos aseguran que en el cielo seremos como Cristo en lo que a santidad se refiere, pero no dicen nada sobre compartir los inaccesibles atributos divinos de la omnipotencia y la omnisciencia. Aun en el cielo, con toda su gloria, seguiremos siendo criaturas de Dios. No alcanzaremos una divinidad propia; ni siquiera tomaremos parte de la de Dios. «Yo Jehová», dice el Señor, «Este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria» (Is. 42:8).

LA REACCIÓN DE EVA VISTA COMO UNA ACCIÓN GENEROSA. Eadie se hace eco de la doctrina mormona que considera la reacción de Eva al comer de la fruta prohibida como algo altruista. Para los mormones, Eva tomó de la fruta voluntariamente, en una especie de autosacrificio gracias al cual podría llegar a tener hijos y avanzar así en el camino hacia la divinidad. De esta manera, la desobediencia de Eva se convierte en algo positivo. Según *el Libro del Mormón*: «Adán cayó

para que los hombres existiesen; y los hombres existen para que tengan gozo.»²³

Eadie se expresa así al relatar lo aprendido cuando, según ella, fue testigo de la recreación del mundo:

Había podido contemplar las diferencias entre Adán y Eva. Se me mostró que Adán estaba más satisfecho con su condición y que Eva tenía un carácter más inquieto. Se me mostró que Eva deseaba ser madre hasta el punto de no importarle arriesgar su propia vida para poder conseguirlo. Eva no «sucumbió» a la tentación, sino que más bien tomó, conscientemente, la decisión de aportar las condiciones necesarias para su desarrollo personal. Fue su iniciativa lo que hizo que, en última instancia, Adán participase y comiese de la fruta, lo que convirtió a los hombres en seres mortales y sentó las bases necesarias para que pudiésemos procrear y, evidentemente, morir.²⁴

La Biblia nos enseña, por el contrario, que Eva fue engañada por Satanás y que la caída fue, sin duda, el resultado del pecado (1 Ti. 2:14; 2 Co. 11:3).

LA POSIBILIDAD DE LA SALVACIÓN DESPUÉS DE LA MUERTE. Uno de los aspectos más conocidos de los mormones es su práctica de bautizar a la gente en lugar de los muertos. Creen que aquellos que mueren sin haber escuchado el evangelio mormón todavía tienen la oportunidad de escucharlo y creer en él después de muertos. Para ellos el bautismo es algo indispensable para obtener la salvación, y por eso bautizan a los muertos «por poderes»; es decir, permiten que algunos mormones se bauticen en lugar de los que han muerto sin ser bautizados por la iglesia mormona.²⁵

El libro de Betty Eadie refleja las creencias mormonas acerca de que la muerte no cierra para siempre el destino eterno del alma humana. Los guías de Eadie en el más allá le dijeron

que es importante que adquiramos conocimientos sobre el espíritu mientras estamos en vida. A mayor conocimiento adquirido en este mundo, más y más rápido podremos progresar en la otra vida. Algunos espíritus son prácticamente prisioneros en esta tierra a causa de nuestra falta de conocimiento o

capacidad de creer. [Aquí también se pueden apreciar las huellas de la doctrina mormona.] Las personas que mueren siendo ateas o que han sido esclavas del mundo a consecuencia de su avaricia, deseos carnales o de cualquier otro tipo de engaño terrenal tienen dificultades para avanzar y permanecen atados a este mundo. A menudo carecen de la fe y del empuje para alcanzar, y a veces hasta para reconocer, el poder y la luz que conducen a Dios. Estos espíritus se quedan en la tierra hasta que aprenden a aceptar el poder superior que está a su alrededor y dejan de lado el mundo. Cuando me encontraba rodeada por la oscuridad, antes de avanzar hacia la luz, percibí la presencia de estos espíritus rezagados. Permanecen allí todo el tiempo que desean, protegidos por el amor y el calor reinantes, aceptando su influencia curativa; sin embargo, tarde o temprano aprenden a avanzar hacia la mayor seguridad y calor que Dios proporciona.²⁶

Por el contrario, las Escrituras dicen que «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (He. 9:27). La Biblia explica una y otra vez que el juicio de los impíos se basará en cómo hayan obrado en este mundo (Ro. 2:5-6; 2 Co. 11:15).

Las creencias de la nueva era

Así pues, hemos visto que la revelación sobre el «cielo» de Betty Eadie está llena de reminiscencias provenientes del mormonismo. Sin embargo, nuestra autora no es doctrinalmente mormona. Su libro contiene algunas ideas que coinciden más con el misticismo propio del movimiento de la nueva era que con las creencias ortodoxas de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días.

El movimiento de la nueva era está formado por un conjunto de variopintas ideas y filosofías que han tomado mucho del hinduismo y del gnosticismo de la época clásica. Las religiones de la nueva era son *panteístas* (creen en la divinidad de la creación además de la del creador), *místicas* (consideran la verdad como algo que se encuentra dentro de cada uno) y *sincretistas* (mezclan o hacen converger concepciones religiosas provenientes de fuentes variadas). También habría que añadir una buena dosis de superstición ocultista a la mayor parte de esta ideología de la nueva era.

Muchas doctrinas de la nueva era son, debido a su naturaleza,

bastante compatibles con las del mormonismo. (Por ejemplo, resultan obvios también para el mormonismo los elementos del panteísmo, misticismo, y sincretismo.) Sin embargo, el relato de Betty Eadie se acerca con más libertad al pensamiento de la nueva era de lo que lo haría el mormonismo más tradicional. A continuación analizaremos los elementos de la nueva era que más sobresalen en su libro.

UNIVERSALISMO. Todo el mundo consigue entrar, en última instancia, en el cielo descrito por Betty Eadie. Aunque parezca extraño, la autora combina la rotunda afirmación sobre la exclusividad de Cristo con la universalidad más incondicional. No hace mucho que vimos cómo reconocía a Jesús como la única puerta para acceder a la salvación. Sin embargo, también asegura que a través de esa puerta *todos* entraremos algún día.²⁷ Su descripción de la vida en el más allá no incluye en ningún momento al infierno. Está bien claro que no considera que nadie vaya a pasar la eternidad allí.

Sin duda, este universalismo se relaciona estrechamente con la alusión anterior a que todas las religiones eran iguales. Según su manera de pensar, no importa cuál sea la religión profesada por una persona mientras esté en la tierra, ya que todo el mundo alcanzará el conocimiento necesario en la otra vida. De modo que los errores religiosos y las falsas doctrinas se consideran problemas que no representan peligro alguno. Este tipo de pensamiento es típico de la nueva era y, efectivamente, difumina cualquier línea divisoria entre la verdad y el error, por lo que le viene como anillo al dedo a Satanás en su propósito de hacer proliferar religiones falsas. De esta manera intenta ofrecer a cada persona algo que le resulte atractivo. No le importa la (falsa) religión en concreto que la gente escoja; no intenta instaurar su propio sistema religioso. Sólo quiere destruir la verdad del cristianismo. A Satanás le importa bien poco qué creamos, siempre que no aceptemos la verdad del evangelio bíblico. Así que todas las falsas religiones forman parte de un mismo bloque con un mismo objetivo: oponerse a la verdad. Ocultismo, mormonismo, religiones de la nueva era, hinduismo y cualquier idea que ataque la verdad bíblica favorecen los intereses del reino de Satanás.

ENERGÍA POSITIVA Y NEGATIVA. Veamos en la siguiente cita hasta qué punto le han influido a Betty Eadie las enseñanzas de la nueva era:

Dentro de nuestro universo existe energía positiva y negativa; ambos tipos son esenciales para la creación y el crecimiento. Estas energías son inteligentes y se someten a nuestra voluntad, nos sirven con diligencia. Dios domina absolutamente las dos clases de energía. La energía positiva es, en esencia, como la solemos imaginar: luz, bondad, ternura, amor, paciencia, caridad, esperanza, etc. Y la energía negativa es exactamente como pensamos que debe ser: oscuridad, odio, miedo (la herramienta principal de Satanás), crueldad, egoísmo, desesperación, desánimo, etc.

La energía positiva y la negativa actúan de maneras opuestas y, cuando las interiorizamos, se convierten en nuestros sirvientes. La energía positiva atrae lo positivo, y la negativa lo negativo. La luz busca la luz y la oscuridad anhela la oscuridad ... Nuestros pensamientos tienen poder; a través de ellos creamos aquello que nos rodea.²⁸

Eadie continúa con la misma tónica durante bastantes páginas más, recitando letanías que bien podrían pasar por el credo del movimiento de la nueva era.

CURACIÓN ESPIRITUAL. Los defensores de la nueva era hablan a menudo de los poderes curativos de la mente. Y si, tal como Betty Eadie cree, «a través de ellos [nuestros pensamientos] creamos aquello que nos rodea», la consecuencia será que nos podremos sanar a nosotros mismos si procuramos tener pensamientos positivos. Esto es precisamente lo que Eadie afirma:

Nuestros pensamientos tienen la increíble capacidad de atraer la energía positiva o negativa que nos rodea. Cuando atraen energía negativa durante mucho tiempo el resultado suele ser el debilitamiento de las defensas del cuerpo. Esto sucede especialmente cuando los pensamientos negativos se centran en nosotros mismos. Comprendí que, al estar deprimidos, nuestros pensamientos están en su *punto máximo* de preocupación por nosotros mismos.

Todas las curaciones tienen lugar en nuestro interior. Nuestro espíritu sana el cuerpo. Aunque el firme pulso de un cirujano nos opere y las medicinas sienten las bases sobre las que

devolver la salud a su estado normal, lo que realmente produce la curación es nuestro espíritu. Un cuerpo que no tenga espíritu no podrá ser sanado ni podrá vivir durante mucho tiempo.²⁹

Según Eadie, contamos con suficiente poder espiritual en nuestro interior para lograr alterar las células de nuestro organismo y hacerlas sanar. Por el contrario, el obsesionarse sobre las enfermedades supone estar utilizando erróneamente la energía negativa, lo que puede ser contraproducente:

Me di cuenta de que muchas veces había tendido hacia una negativa «autocompasión» al pensar cosas como «me duele todo», «nadie me quiere», «no hago más que sufrir», «no lo soporto más», etc. Me di cuenta de que en cada una de esas frases aparecía la palabra *yo*. Me di cuenta de hasta qué punto me preocupaba sólo de mí misma. Y me di cuenta de que no sólo admitía todos estos aspectos negativos al decir que los padecía, sino que además les daba entrada y los aceptaba como parte de mí. De esta manera, mi cuerpo vivía en una especie de profecía que se iba cumpliendo a sí misma; ese «yo=dolor» se convertía para mi cuerpo en un «estoy enferma». Nunca antes había pensado en todo esto; sin embargo, ahora veía claramente que yo había sido parte de todo el problema.³⁰

Por supuesto, muchas otras personas han meditado antes sobre el asunto, incluidas Mary Baker Eddy y prácticamente todas las sectas «científicometales» surgidas en el último siglo. Todos estos grupos fueron los predecesores del actual movimiento de la nueva era, movimiento que tiene unas teorías sobre la curación mental muy parecidas.

CREACIÓN DE UNA REALIDAD PROPIA. Otro de los colofones a la afirmación de Betty Eadie de que «a través de ... [nuestros pensamientos] creamos aquello que nos rodea» es la idea de que la verdad y la realidad son subjetivas, propias de cada individuo. Todo «aquello que nos rodea» —realidades metafísicas incluidas— es el simple resultado de lo que pensamos. «Si entendiésemos el poder de los pensamientos», dice Eadie en su libro, «tendríamos más cuidado

con ellos. Si entendiésemos el enorme poder de las palabras preferiríamos estar en silencio antes que cualquier aspecto negativo. Mediante los pensamientos y las palabras creamos nuestras propias debilidades y fortalezas.»³¹ En otras palabras, nuestros pensamientos son los que determinan en qué consiste la «realidad».

Las consecuencias morales de este relativismo son atroces. Significaría, por ejemplo, que las personas que padecen enfermedades o discapacidades son responsables de habérselas acarreado a sí mismas. Según dice Eadie: «Para mi sorpresa, me di cuenta de que la mayoría de nosotros habíamos escogido las enfermedades que posteriormente hemos sufrido».³² En una entrevista realizada por Hugh Downs Eadie afirmó que las víctimas del Holocausto nazi habían escogido su propio destino antes de nacer.³³ Con declaraciones así sólo se consigue trivializar el sufrimiento humano y absolver a los criminales nazis de su brutalidad. Doug Groothuis, un experto evangélico en el movimiento de la nueva era, ha escrito que «si las víctimas del holocausto hubiesen participado voluntariamente en él en vez de ser los perjudicados, los nazis no deberían haber sido moralmente condenados, ya que simplemente habrían hecho realidad los deseos de sus súbditos. Por supuesto, sería algo moralmente absurdo.»³⁴

PANTEÍSMO. El panteísmo es la teoría según la cual Dios y el universo son una misma cosa. A menudo se expresa como la creencia en la divinidad de tanto el Creador como las cosas creadas. Sin duda, el ejemplo más conocido del panteísmo de la nueva era es el de Shirley MacLaine, quien dice ser Dios. De hecho, esta declaración es bastante frecuente últimamente en el mundo de la nueva era; la mayoría de filosofías que integran este movimiento incluyen la noción de que Dios está presente en toda la creación. Esto explica que los que creen en la nueva era sientan tanta afinidad hacia aquellas personas que deifican la naturaleza y adoran a la «madre tierra».

Betty Eadie considera que todos somos divinos. Según su sistema de creencias mormonas-nueva era, los espíritus humanos somos literalmente la prole de Dios y, como tales, divinos en esencia. Como hemos visto antes, Eadie admitía poseer la omnisciencia. A lo largo de toda su obra, la autora especifica que la naturaleza humana es «divina»,³⁵ y que antes incluso de nacer, el ser humano ya posee «conocimiento divino», una omnisciencia que le permite saber exactamente a qué se va a enfrentar en la tierra.³⁶

Eadie explica una anécdota que le sucedió en su viaje celeste al pasar junto a una rosa que estaba al lado de un río. Dice Eadie que, al mirar la rosa, la presencia de ésta le rodeó. «¡Y me sentí como si *yo fuese* la flor!... Sentí a Dios en aquella planta, en mí; noté cómo su amor se vertía en mi interior. ¡Todos somos una misma cosa!»³⁷ Esto no es más que simple panteísmo.

Al describir su primer encuentro con la figura de Jesús en su visión del cielo, Eadie escribe lo siguiente: «Sentí cómo su luz se iba, literalmente, mezclando con la mía, y sentí también cómo mi luz se unía a la suya. Era como si dos bombillas estuviesen brillando en una habitación y fuesen conformando una sola. Es difícil decir dónde acaba una luz y dónde empieza la otra; se habían transformado en una misma luminosidad. Sentí su grandioso espíritu y supe que siempre había sido parte de él, que en realidad nunca me había apartado de él.»³⁸

La Biblia nos enseña que, en cierto sentido, todos los creyentes estamos unidos a Cristo. Pero no de una manera que borre las líneas de separación entre creador y criatura y, desde luego, no de una manera que retroceda hasta un tiempo en el que existía una relación eterna entre lo humano y lo divino. La teología de Betty Eadie no es más que panteísmo alejado del cristianismo.

DUALISMO. Entre las creencias de la nueva era también se encuentra el dualismo antibíblico. Según esta teoría, todo se puede reducir a dos opuestos fundamentales —el ying y el yang, el bien y el mal, la luz y la oscuridad o lo que sea. Para el dualista, toda la realidad se puede explicar en términos de esa lucha entre opuestos— como la fuerza y el lado oscuro de la «fuerza» en la *Guerra de las galaxias*. Dentro de la filosofía de la nueva era, estos principios se pueden describir en términos de espíritu y materia, luz y oscuridad, ignorancia y conocimiento, mente y cuerpo, cielo y tierra y dualismos parecidos.

El cielo descrito por Eadie está lleno de dualismos de la nueva era. La yuxtaposición entre las dualidades como el bien y el mal, el espíritu y el cuerpo y el cielo y la tierra son el *leitmotiv* del libro, lo que le da ese matiz característico de la nueva era. El dualismo es lo que está detrás del concepto de Eadie sobre la energía positiva y la negativa, es lo que le sirve de base para su visión de cómo espíritu y cuerpo se unen en el proceso de curación; también es el dualismo lo que define su teoría sobre el pecado y el mal.

El dualismo es intrínsecamente incompatible con la visión bíblica

del pecado. Si la manera en que los dualistas describen los acontecimientos del mundo es correcta, desde tiempos inmemoriales ha habido dos fuerzas opuestas por naturaleza que se han mantenido en un tenso equilibrio. El mal se convertiría entonces en un bien necesario. Esta es precisamente la naturaleza que tienen las cosas en el cielo de Eadie. Como ya hemos visto, la caída de Adán y Eva no fue más que un mal necesario. Además, en el sistema dual presentado por Eadie, el pecado no es, en sí mismo, algo que ofenda realmente a Dios en su santidad, sino el resultado de demasiada energía negativa. La ira, el odio, la amargura y la falta de perdón no son tanto *pecados* que necesitan ser expiados, como influencias negativas que debemos aprender a «dejar ir.»³⁹

Eadie se refiere en muy pocas ocasiones al pecado y cuando lo hace, como señala Groothuis, lo hace poniéndolo entre comillas.⁴⁰ Un ejemplo clásico de su dualismo es la aseveración de que «nuestros cuerpos espirituales están llenos de luz, verdad y amor, [aunque] tienen que batallar constantemente para vencer a la carne.»⁴¹ Según Eadie, ese «batallar» es la consecuencia de reforzar el bien que se encuentra en nosotros, y el proceso de crecimiento que resulte será lo que nos acabará librando de la influencia del mal. De esta manera, el «pecado» es simplemente una fuerza necesaria que tiene que ser contenida y dominada mediante el mecanismo habitual de crecimiento espiritual. No se considera un enemigo que pueda en última instancia ser destruido y sometido, y tampoco se contempla necesidad alguna de expiación a través de la obra salvadora y substitutoria de Cristo.

Lejos de reconocer la necesidad de expiación, Betty Eadie declara que «el pecado no es nuestra verdadera naturaleza. Espiritualmente hablando, podemos presentar diversos niveles de luz —es decir, conocimiento— y, debido a nuestra naturaleza divina y espiritual, nos sentimos llenos del deseo de hacer el bien.»⁴² Lo que acabamos de leer contradice simple y llanamente la Biblia, donde se puede leer que somos, por naturaleza, hijos de ira (Ef. 2:3), enemigos de Dios (Ro. 5:10) e incapaces de someternos a las leyes de Dios (Ro. 8:7). Las Escrituras dejan bien claro que no hay nadie que sea justo, ni siquiera uno (Ro. 3:12).

Por el contrario, según Eadie, «en el mundo espiritual no se ve el pecado como lo vemos ahora. *Todas* las experiencias pueden ser positivas.»⁴³

Todo dualismo tiende inevitablemente a eliminar las implicaciones

morales del pecado. Si consideramos el pecado una fuerza cósmica, se convertirá en algo que deberemos tolerar, entender e incluso utilizar; no lo veremos como un enemigo al que no podemos destruir. Puede que ello explique la tranquilidad con la que Eadie se enfrenta al problema del pecado entre los humanos. Por ejemplo, la autora dice que, mientras estaba en el cielo, pudo contemplar cómo ante ella desfilaba un resumen de su vida entera «a través de lo que podríamos considerar hologramas de gran definición.»⁴⁴ A medida que iba viendo la reproducción de su vida empezó a sentir vergüenza:

Vi cómo había decepcionado a algunas personas, y bajé la cabeza cuando su sentimiento de decepción me empezó a invadir, mezclándose con mi culpabilidad. Comprendí todo el sufrimiento que había causado, lo sentía. Y empecé a temblar. Vi, con gran sufrimiento, cuánto daño había provocado mi mal carácter. Vi mi egoísmo, y mi corazón clamaba pidiendo consuelo. ¿Cómo había podido ser tan desalmada?⁴⁵

Después describe cómo pudo ver las «reacciones en cadena» de sus malas acciones. Las personas con las que había sido injusta fueron injustas con otras a su vez, y así en adelante. A medida que iba comprendiendo el enorme alcance de los perjuicios que había provocado, reconoce Eadie, su dolor se multiplicaba y se volvía insostenible.

En medio de todo esto, según continúa diciendo, el Salvador dio un paso hacia adelante y le exhortó a que no se sintiera tan mal por culpa de sus acciones. «Estás siendo demasiado dura contigo misma», asegura que le dijo Jesús. Entonces le mostró que sus buenas acciones también habían tenido las mismas «reacciones en cadena.»⁴⁶ Así, las buenas acciones compensaron las malas; es decir, otra vez el dualismo. Eadie escribe que «mi dolor fue substituido por la alegría».

No es muy difícil ver de qué manera este tipo de pensamiento anula la necesidad de la expiación, ya que podemos invalidar nuestro pecado con sólo hacer el bien hasta el punto de tapar las consecuencias del pecado. La obra de Cristo en la cruz se vuelve entonces innecesaria. Esto no es cristianismo verdadero, sino el resultado del dualismo pagano.

Llegados a este punto debemos reconocer que algunas personas consideran el cristianismo como algo dualista. Después de todo, ¿no reconocen los cristianos el conflicto eterno entre el bien y el mal, entre Dios y Satanás? ¿No es esto dualismo?

No, no lo es. Satanás no es ni eterno ni igual que Dios. Es un ser creado. No existe ningún principio eterno e inmutable fuera de Dios. El mal no supone una amenaza duradera que se enfrenta a la bondad divina. Se trata de un estado al que la creación llegado después de la caída, un estado del que será redimida un día. El mal *no* es una fuerza eterna equiparable a Dios. Dios y Satanás no contienden en iguales condiciones. Y tampoco son buenos y malos.

Dicho de otro modo, el cristianismo verdadero es, por naturaleza, monoteísta. Los cristianos creen en un sólo y único y eterno principio que es Dios. tan sólo Él gobierna sobre Satanás y el mal. En otras palabras, para el pensamiento cristianismo puro todo lo real y todo lo que existe tiene un único principio, y ese principio es Dios mismo. «Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Col. 1:17). Ni siquiera la doctrina de la Trinidad altera el monismo bíblico. Dios es tres personas, pero *un sólo* ser en esencia.

Así pues, la verdadera naturaleza del cristianismo excluye todo dualismo. La historia es testigo de que aquellos que han intentado mezclar dualismo y cristianismo han acabado cayendo en graves herejías. Buena prueba de ello es lo que ha sucedido con el gnosticismo a través de los siglos.

GNOSTICISMO. La doctrina de Betty Eadie, como toda la filosofía de la nueva era, está infectada por el gnosticismo. Se llama gnosticismo a las diferentes y desviadas enseñanzas de algunas sectas que surgieron durante los primeros siglos del cristianismo. El gnosticismo era dualista, místico y siempre herético. En el movimiento de la nueva era se han conservado rasgos de gnosticismo. De hecho, se podría decir que la nueva era es un resurgimiento del gnosticismo. Aunque los gnósticos utilicen a menudo lenguaje cristiano y vocabulario bíblico, lo cierto es que su ideología es contraria al cristianismo verdadero. En consecuencia, los verdaderos creyentes deberían estar alerta sobre la creciente presencia de este neognosticismo.

La idea principal que subyace en todo tipo de gnosticismo (idea de la que toma el nombre) es la creencia en que algunas almas iluminadas pueden acceder a una forma superior de conocimiento aparte del que se encuentra en la verdad revelada de las Escrituras. Los gnósticos no siempre coinciden en *cuál* es el «secreto» para conseguir ser iluminados, aunque sí están de acuerdo en que dicho secreto sólo está al alcance de los iluminados, escondido en algún principio «clave» que, inevitablemente, está fuera de la Biblia.

De modo que la naturaleza del gnosticismo es mística: instruye a las personas sobre cómo mirar en su interior en busca del conocimiento secreto. Este conocimiento se puede adquirir a través de sueños y visiones, mensajeros angélicos, comunicación mental directa con Dios, bioretroalimentación,⁴⁷ emociones personales, proyecciones astrales o, como en el caso de Betty Eadie, una combinación de todos estos factores en forma de odisea del alma en el reino del más allá.

La totalidad de las afirmaciones de Eadie se basa en declaración de que se ha convertido, gracias a su supuesta experiencia *postmortem*, en conocedora de los secretos del universo. Afirma tener un conocimiento que vas más allá de las revelaciones de las Escrituras sobre el cielo. De esta manera se proclama como una autoridad superior a la Biblia en materia celeste. No es más que gnosticismo clásico.

Otras ideas alejadas de la Biblia

El libro de Eadie también está lleno de ideas que se alejan, en mayor o menor grado, de la Biblia. Veamos algunas de ellas:

LA SUPREMACÍA DE LA VOLUNTAD HUMANA. Eadie proclama una radical doctrina sobre el libre albedrío que anula la doctrina bíblica de la soberanía de Dios. Así describe sus pensamientos cuando, desde el mundo de los muertos, contempla a sus propios hijos: «Son espíritus individuales, como yo misma, con una inteligencia que se desarrolló antes de su vida en la tierra. Cada uno de ellos tenía voluntad propia para escoger de qué modo vivir la vida. Supe que esta propia elección no se les debería negar.»⁴⁸ Asegura que se dio cuenta de que sus hijos vivían la vida según una especie de agenda que habían planificado antes de nacer. Así, según Eadie, las elecciones propias de su libre albedrío no se deberían impedir. «No tenía por qué sentir pena o temer por ellos.»⁴⁹

Posteriormente desarrolla esta idea en su obra; escribe:

Comprendí que en el mundo previo a la muerte todos conocíamos e incluso habíamos escogido las misiones que íbamos a realizar.... Se nos ha dado la capacidad de actuar para nosotros mismos. Son nuestros actos los que determinan el curso de nuestra vida; tenemos la capacidad de alterar o cambiar el rumbo de nuestras vidas en cualquier momento. Entendí que se trataba de algo de vital importancia; Dios

prometió que no intervendría en nuestras vidas *a no ser que se lo pidiésemos*. E, incluso en ese supuesto, nos ayudaría mediante su conocimiento omnisciente a conseguir nuestros —de ser honestos— deseos. Nos mostramos agradecidos ante esta posibilidad de expresar y ejercer nuestra voluntad propia, ya que nos permitió escoger nuestras alegrías o aquellas cosas que habrían de provocar tristeza en nosotros. La elección, a través de decisiones propias, habría de ser nuestra.⁵⁰

Las Escrituras no enseñan nada de todo eso. Lejos de exaltar la libertad de elección de los humanos, la Biblia nos describe como seres que viven irremediabilmente esclavizados por el pecado y por los malos deseos. «Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Ro. 8:7). Estamos atados al yugo del pecado durante toda la vida (He. 2:15).

Las Palabra de Dios también emplea la metáfora de la muerte para representar la condición del corazón humano. Se dice de nosotros que estamos «muertos en nuestros delitos y pecados» (Ef. 2:1). Vivimos esclavizados por los deseos de hacer el mal, «la voluntad de la carne y de los pensamientos, y ... [somos (por naturaleza hijos de ira» (v. 3). La intervención soberana de Dios, en lugar de prometernos no intervenir a menos que se lo pidamos, es imprescindible para obtener la salvación (vv. 4-5). Nuestra situación no tendría ningún remedio si Dios hubiese accedido a permitirnos escoger nuestro propio camino y hubiese prometido «que no intervendría en nuestras vidas a no ser que se lo pidiésemos».

Las Escrituras muestran con toda claridad que la voluntad de Dios es soberana, y no la de los pecadores. «Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Ro. 9:16). El Señor ha salvado a los pecadores a pesar del amor que sienten hacia el pecado y el odio hacia su justicia. Es cierto que antes de la fundación del mundo se tomó una decisión, pero fue Dios, y no nosotros, quien decidió que fuésemos santos y sin mancha delante de Él (Ef. 1:4).

LA AUTOSUFICIENCIA HUMANA. Además de decir que los pecadores son dueños de su voluntad, la teología de Betty Eadie insiste en que los humanos pueden, en sí mismos y para sí mismos, satisfacer todas sus necesidades espirituales.

Esta doctrina convierte a Dios en algo prácticamente innecesario. No es de extrañar que Eadie afirme que Dios ha prometido no intervenir en los asuntos humanos. Cree que los humanos son capaces de ayudarse a sí mismos, sin que Dios intervenga: «Vi que *siempre* tenemos el modo adecuado de ayudarnos a nosotros mismos, aunque no seamos conscientes de él o no sepamos cómo utilizarlo. Tenemos que mirar en nuestro interior. Debemos confiar en nuestras posibilidades; la herramienta espiritual apropiada está allí, lista para que la utilicemos.»⁵¹ Esto no es más que una condenatoria doctrina que proclama a los pecadores su total capacidad de hacer algo para salvarse a sí mismos. El mensaje de Jesús fue exactamente el contrario: «Separados de mí nada podéis hacer» (Jn. 15:5).

LA SALVACIÓN DE LOS HOMBRES A TRAVÉS DE SUS OBRAS. Inevitablemente, la creencia en que los pecadores son por un lado dueños de sí mismos para ejercer su voluntad y espiritualmente autosuficientes por otro coloca todo el peso de la salvación sobre las espaldas de los pecadores y sienta las bases de un sistema basado en las obras. Esta es una piedra de tropiezo habitual en todas las sectas y falsas doctrinas.

Según el modo de pensar de Betty Eadie, nuestras vidas son simplemente parte de un proceso de crecimiento eterno. Los pecados no son más que herramientas de las que debemos aprender.⁵² La gracia divina es un invitado no bien recibido en ese sistema, ya que si Dios llega a hacer algo *por* nosotros ello implicará que hemos perdido una oportunidad de crecer. (Esa es la razón por la que indica que Dios ha prometido no intervenir a menos que se lo pidamos). Además, dado que los defectos humanos no son más que imperfecciones que hay que dominar, somos nosotros quienes debemos llevar adelante el proceso. «Debemos crear nuestras propias vidas, ejercer nuestros dones y experimentar tanto fracasos como éxitos. Debemos emplear nuestra voluntad propia para expandir nuestra vida y progresar en ella.»⁵³ Y el amor es algo supremo.⁵⁴ «Verdaderamente, el amor es lo único que importa.»⁵⁵ Todo es «¡tan fácil!... *Si somos buenos, sentiremos gozo*».⁵⁶

UN ÉNFASIS EXCESIVO EN LOS ÁNGELES. Aunque, según Betty Eadie, Dios no quiere intervenir en los asuntos de los humanos, parece claro que los ángeles no tienen ningún reparo en hacerlo. Para Eadie, los ángeles son los que orquestan las actuaciones de la providencia.⁵⁷ responden las oraciones de la gente,⁵⁸ revolotean todo el tiempo a

nuestro alrededor en forma de ángeles de la guarda que se ponen a nuestro servicio casi al instante,⁵⁹ etc. También sostiene que los ángeles acuden a nosotros desde el más allá para alentarnos a ser fieles a los compromisos que hicimos antes de nacer.⁶⁰ Ni que decir tiene que en las Escrituras no aparece nada de todo esto.

CREENCIAS ANTIBÍBLICAS DIVERSAS. El libro de Betty Eadie está lleno de otras muchas enseñanzas que nada tienen que ver con las Escrituras, como su afirmación de que las almas de los niños «pueden escoger si entran en el cuerpo de la madre en cualquier momento del embarazo.»⁶¹ También apunta que las oraciones en favor de las personas que han fallecido pueden ayudarles en el mundo espiritual.⁶² Además, no hace mención alguna al papel del Espíritu Santo; parece evidente que no lo ve como un ser personal.

HECHIZADOS POR EL ERROR

Puede que de la impresión dé que he ridiculizado los errores del relato sobre el cielo de Betty Eadie; lo he hecho porque son muy graves y porque, aun así, han influido a millones de personas. La gente se queda inexplicablemente hechizada por las historias sobre la vida después de la muerte. Y aunque *Embraced by the Light* es la narración más conocida y más famosa, cabe esperar que le sigan otras.

Lo cierto es que ya han empezado a aparecer relatos parecidos; algunos de ellos con un trasfondo doctrinal todavía más terrible que el aparece en la obra de Betty Eadie. Un posible ejemplo es el libro titulado *Saved by the Light* [Salvados por la luz] de Dannion Brinkley, el cual ya ha alcanzado la lista de superventas del diario *The New York Times*.

La peregrinación celeste de Brinkley comenzó después de que fuese alcanzado por un rayo. Su obra tiene un gran parecido con la de Eadie, si bien la mayor de las diferencias es que Brinkley se muestra totalmente contrario al cristianismo, en especial al cristianismo bíblico. Insinúa que el cristianismo es el responsable de que la gente crea que «no es capaz de ser lo que en realidad es.»⁶³

Brinkley cree que le enviaron de vuelta al mundo para que trajese un mensaje. Y este es el mensaje: El futuro de la raza humana no está esculpido en una losa. Tenemos la posibilidad de cambiar las cosas. Según palabras de Brinkley, un ser celeste le dijo

que iba a regresar (sólo por si la gente no cambiaba, ya que el

mundo tal como lo conocemos iba a cambiar y a acabarse; la religión se derrumbaría y las instituciones también, los gobiernos se trastornarían por culpa de las mentiras) y que lo que tenía que hacer era preparar un sistema sin dogmas al que la gente pudiese venir, un sistema que no estuviese ligado a la religión, que pudiera hacerles seguir un programa de ocho etapas que les hiciese encontrar realmente un modo de renovarse a sí mismos y a su espíritu en un mundo que ya no era seguro, un mundo en el que ya no se podía confiar.⁶⁴

Ese «sistema sin dogmas» lo ha encontrado Dannion Brinkley en el movimiento de la nueva era, del que ahora se ha convertido en apóstol. Esto es lo que respondió cuando le preguntaron cómo armonizar su experiencia con la de Eadie:

Los relatos de las personas varían un poco en función de la procedencia cultural o religiosa. Al igual que yo vi un ser de luz, Betty vio a Jesús. Hay quien ve a Mahoma o a Krishna: todos tienen su propio nombre. Sin embargo, la experiencia es la misma. Me he dado cuenta al hablar con Raymond [Moody] y al hablar directamente con la gente de que las experiencias cercanas a la muerte son tan uniformes, tan específicas que, sin que la cultura importe, están ahí, existen; tanto da el dogma particular en el que se inscriban.... Cuando alcanzas ese nivel de consciencia espiritual ves lo que el transcurso de tu vida te ha enseñado.⁶⁵

En la práctica esto supone la admisión, por parte de uno de los líderes defensores de las experiencias cercanas a la muerte, de que dichas experiencias no nos pueden aportar nada objetivo sobre la vida en el más allá, ya que se amoldan e interpretan según la visión del mundo presente que tenga una determinada persona. No tienen más valor que el estudio de un sueño a la hora de aportarnos datos comprensibles sobre el mundo invisible.

Quienes se forman sus opiniones sobre la vida tras la muerte basándose en esas experiencias relatadas están jugando con fuego, ¡pero con el del infierno! Y ese es el futuro que Satanás les depara.

PALABRAS INEFABLES QUE NO SE DEBEN EXPRESAR

He leído muchos relatos sobre experiencias cercanas a la muerte y visiones del cielo de muchas personas. Lo que más me llama la atención es que la práctica totalidad de ellos —incluso los que están escritos, entre comillas, desde una perspectiva «cristiana»— no se parecen en nada a las descripciones de las visiones del cielo que aparecen en las Escrituras.

El punto central de la gloria celeste en la Biblia siempre es Dios (Is. 6:1-3). Y sin embargo, en las experiencias cercanas a la muerte siempre es el elemento humano el que ocupa el lugar principal. Esto es lo que sucedía, por ejemplo, con Betty Eadie. En vez de postrarse sobre su rostro llena de temor santo como hizo Ezequiel cuando vislumbró a Dios (Ez. 1:28), Eadie cuenta cómo fue ella quien acordó los términos de su vuelta a la tierra y, según dice después: «Ellos accedieron a *mis* términos.»⁶⁶ En vez de temblar al darse cuenta de su propia indignidad en presencia de Dios, como le sucedió a Isaías (Is. 6:5), Eadie dice que no era capaz de decir dónde se acababa su propia luz y dónde empezaba la de Jesús.⁶⁷ En vez de ver a Jesucristo como el «alfa y la omega, el principio y el fin», como le vio el apóstol Juan (Ap. 22:13), Betty Eadie asegura que recuerda haber sido testigo, personalmente, de la creación a su lado.

En pocas palabras, esta visión del cielo nada tiene que ver con el cielo del que hablan las Escrituras. De hecho, estos visionarios modernos contrastan como la noche y el día con los personajes de la Biblia a los que se permitió tener visiones de la gloria celeste. El apóstol Pablo, por ejemplo, relata su historia de un modo un poco reacio, catorce años después de que ocurriera y narrándolo en tercera persona:

Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco a tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

—2 Corintios 12:2-4

A la hora de dar detalles concretos sobre lo que vio en el cielo, el apóstol Pablo no se muestra muy comunicativo. Sólo dice que «oyó palabras inefables *que no le es dado al hombre expresar*» (v. 4; cursivas añadidas).

La enseñanza que podemos extraer aquí es que Pablo, llamado a ser uno de los apóstoles más importantes de la iglesia primitiva, consideraba el hablar en detalle sobre las cosas vistas en el cielo como algo que no se debería explicar. ¡Qué comparación con los que hoy en día llenan páginas y páginas explicando lo que supuestamente vieron y oyeron en sus viajes celestes!

Dado que las Escrituras son la Palabra de Dios, debemos rechazar cualquier relato o vivencia que contradiga sus enseñanzas. En última instancia, no tenemos más remedio que llegar a la conclusión de que la Biblia es la única fuente de información sobre el cielo en la que podemos confiar. No vale la pena analizar e indagar en las experiencias cercanas a la muerte de otras personas, como si pudiesen aportarnos algo de verdad sobre la vida en el más allá que no venga en las Escrituras. La Biblia nos da información suficiente y precisa sobre el cielo, los ángeles y la vida después de la muerte. Dios ya nos ha dado todo lo necesario para prepararnos para toda buena obra (2 Ti. 3:17). No hay nada que el testimonio personal de alguien pueda aportar.

Además, los que quieren saber más de lo que pone en la Biblia están pecando: «Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre» (Dt. 29:29). Así pues, los límites de nuestra curiosidad se circunscriben a la revelación bíblica.

A medida que profundicemos en el estudio de la Biblia veremos que, a pesar de que muchas preguntas queden sin contestar, las Escrituras nos describen con notable claridad y detalle el cielo y el mundo espiritual.

Lo que debería llenarnos los corazones y la mente es la verdad bíblica acerca del cielo, y no ideas fantásticas y engañosas fruto de la experiencia cercana a la muerte de algunas personas.

Al exhortarnos a dirigir nuestros corazones hacia las cosas celestiales, lo que las Escrituras pretenden es que pongamos nuestro punto de mira en Cristo y en la gloria verdaderamente celestial, y no que nos empapemos de fantasías sobre cómo será la vida en el cielo. Colosenses 3:2 —«Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra»— no es sino otra manera de expresar el primero y más grande de los mandamientos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mr. 12:30).

